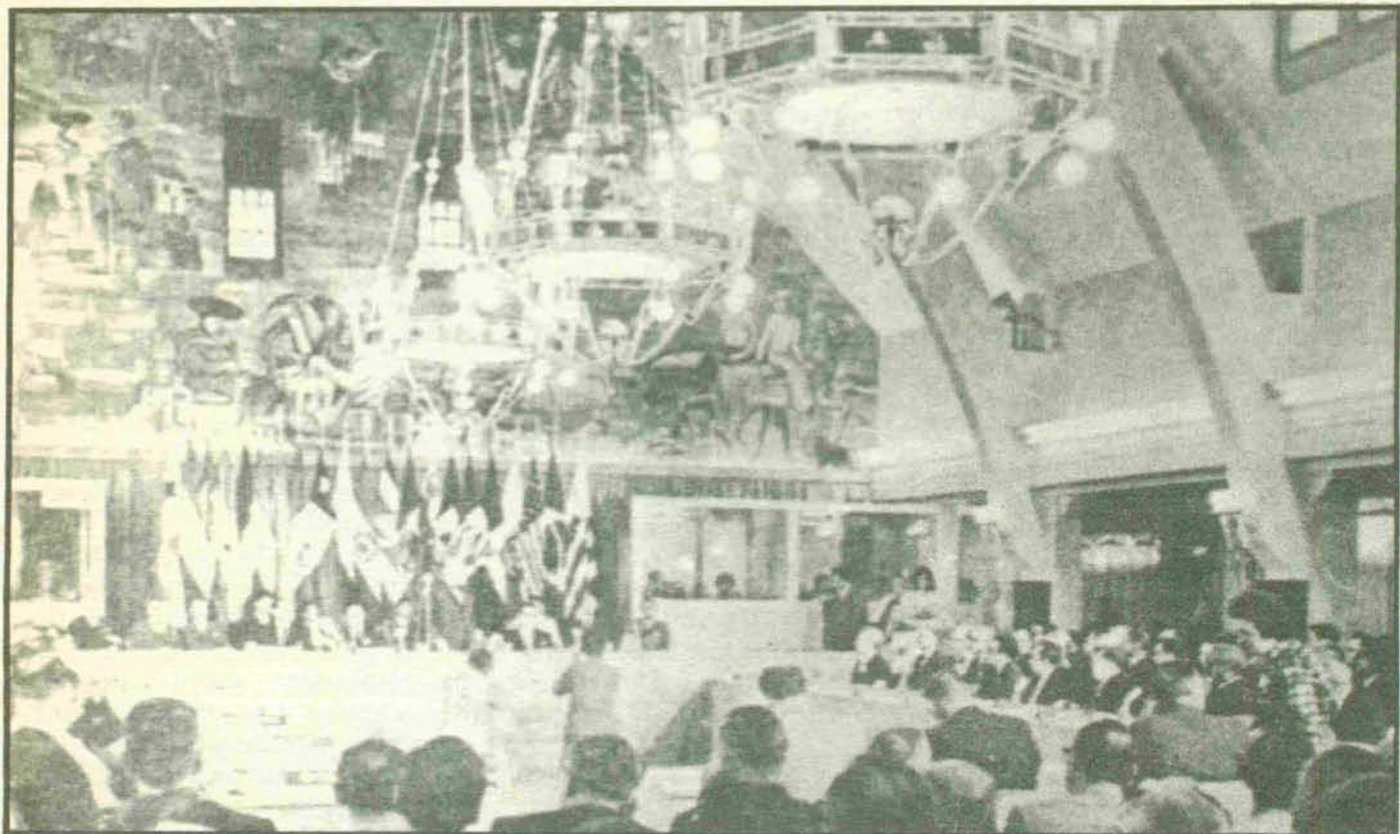


El futuro de



La Alianza para el Progreso, propuesta por la administración Kennedy en la Conferencia de Punta del Este (Uruguay), abrió una serie de expectativas de cambio que culminaron en el fracaso.



Iberoamérica: unidad y diversidad

Ofrecer una representación global de la sociedad iberoamericana, a la vez dinámica e identificadora de las grandes fuerzas en conflicto, suscita múltiples problemas que tienen su origen en esa realidad compleja y en continua mutación, peculiarizante de su historia contemporánea. Porque el conjunto de países que se extiende al sur del río Bravo presenta enormes contrastes de riqueza y miseria, de intensa concentración demográfica

John F. Kennedy. La presión de las multinacionales y la tensión existente entre los bloques de potencias incidieron negativamente en su política hacia Iberoamérica.

América

y zonas casi despobladas, disparidades culturales y opuestos sistemas políticos, cuya explicación sólo es posible si recurrimos al análisis de su curso histórico.

Las estadísticas demográficas, sociales o de producción, proporcionan en líneas generales una lectura útil, pero invocarlas como aproximación a la realidad no siempre es obvio, por cuanto detrás de sus cifras suelen permanecer ocultos datos muy heterogéneos e irreductibles singularidades. ¿Es posible acaso dejar de señalar

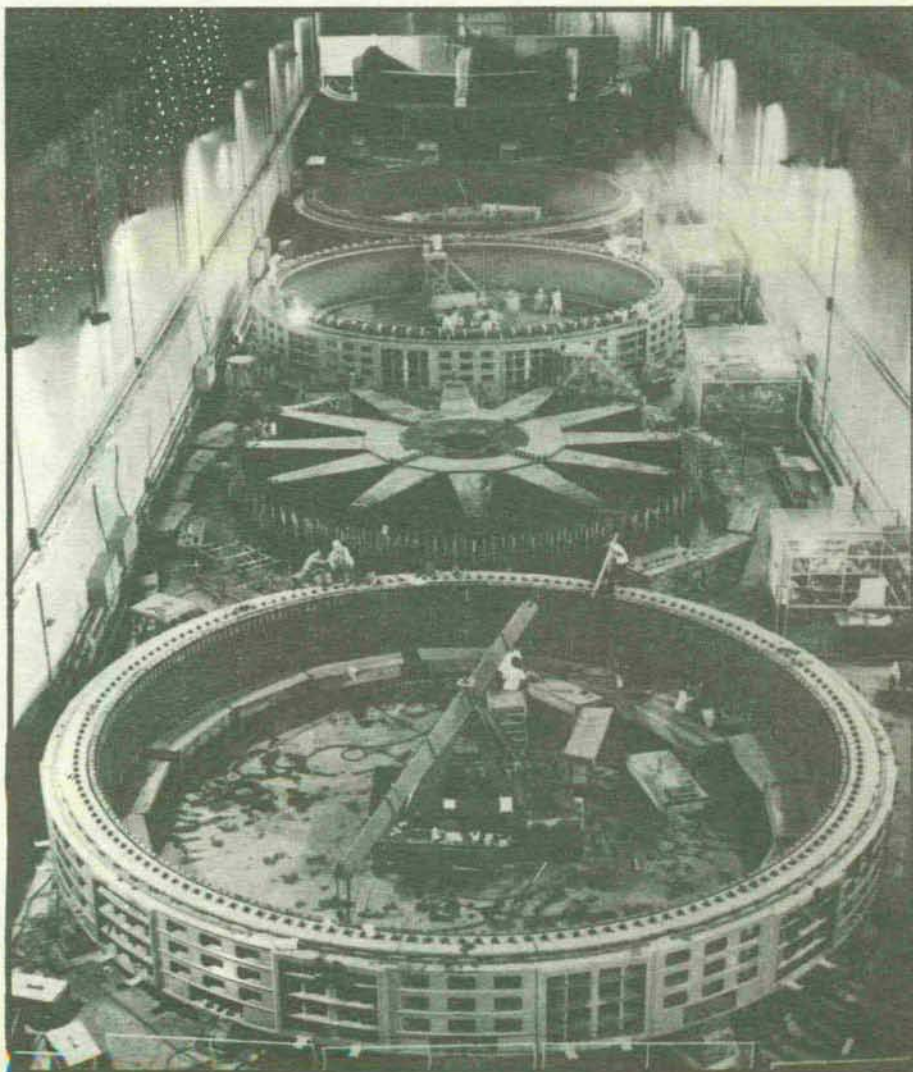
que en la América actual los esquemas de ocupación del espacio responden, sin demasiados reordenamientos, a los implantados en la etapa de conquista territorial y política por españoles y portugueses? Comercio, mina y plantación, con la tardía variante de la hacienda ganadera, cuyo centro más importante será el Río de la Plata, configuraron elementos fundamentales de una estructura económica que se mostró perdurable en el período independiente.

La inserción de las econo-

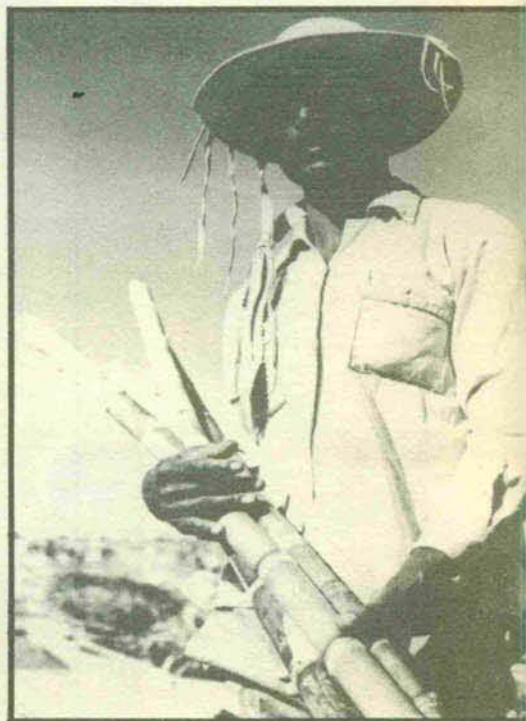


**Nelson
Martínez Díaz**

mías nacionales iberoamericanas en el mercado capitalista mundial, como exportadoras de productos primarios, les imprime un fuerte dinamismo que procede de la demanda externa; pero ésta no es continua, ni extiende sus efectos más allá de los sectores productivos. Por supuesto trazó



Uno de los gigantescos proyectos multinacionales en Iberoamérica. La central eléctrica ilha Solteira, en Brasil, a cargo de Siemens y otras empresas.



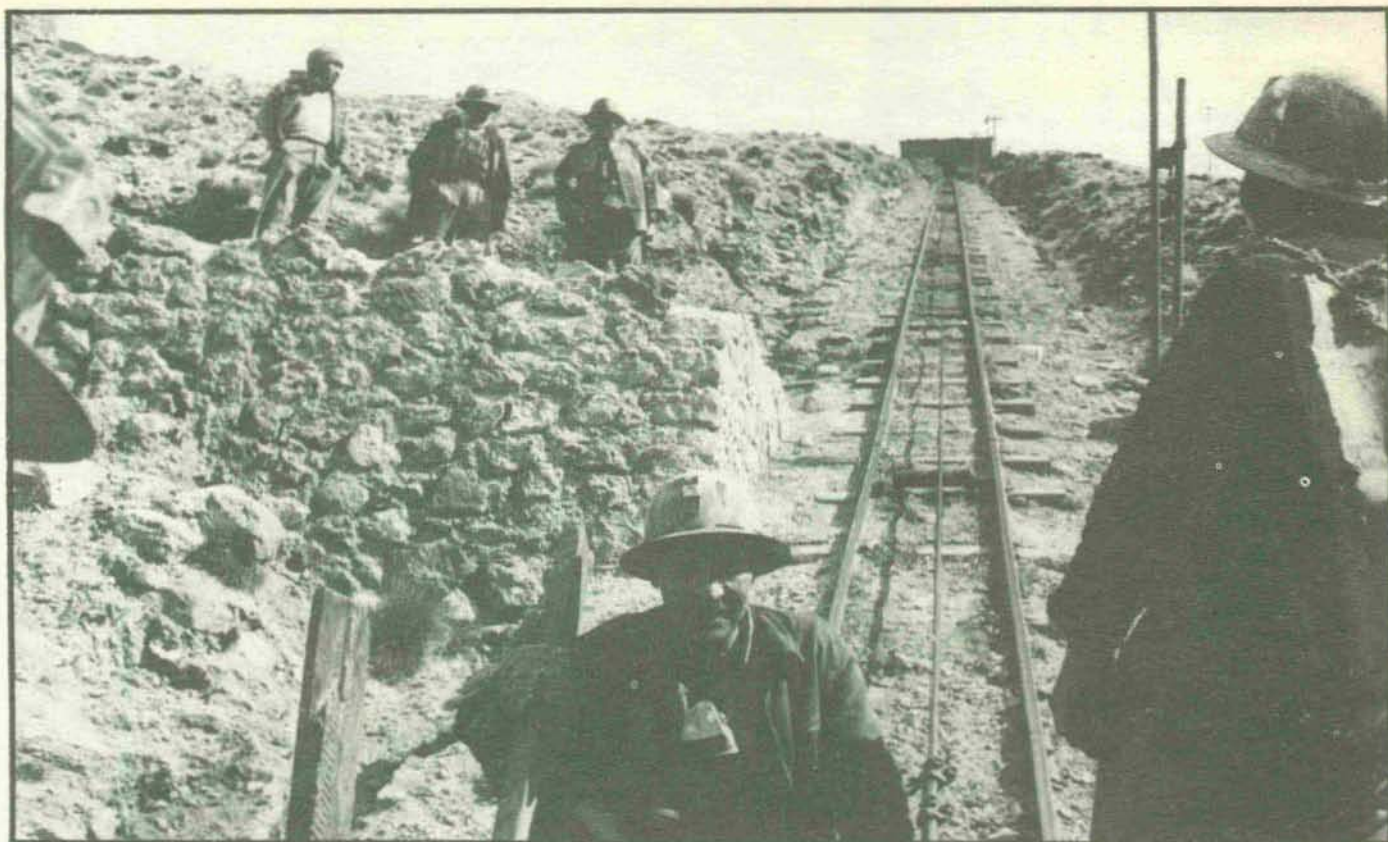
Otro aspecto de Brasil. En la foto, un campesino sometido a formas de explotación de la mano de obra rural, como la zafra azucarera.



Las grandes ciudades concentran, en Iberoamérica, gran parte de la población que se dirige a ellas en busca de oportunidades. En la foto: La Avenida del Libertador, en Caracas (Venezuela).



La masa indígena, aglutinada en pequeños poblados, nos muestra otra faceta de la realidad en la zona agrícola iberoamericana. En la foto: una población indígena peruana.



El enclave minero no ha producido formas de vida capaces de liberar a los trabajadores del subdesarrollo. En la foto: la mina de estaño Siglo XX en Catavi, Bolivia.

nuevas fronteras en el espacio territorial iberoamericano, inició una ocupación más extensa de áreas cultivables o ganaderas e impulsó visibles cambios políticos y sociales. Diseñó, en cambio, formas de desarrollo cuyos desequilibrios se han acentuado posteriormente, y, de hecho, creó modelos de economías dependientes que podemos caracterizar así: 1) *La economía agrícola y ganadera*, vinculada al sector exportador y que tiene sus representantes más claros en países como Argentina, Uruguay, y también la provincia de Río Grande do Sul en Brasil. Orientada hacia las ciudades portuarias ha subordinado los diversos grupos sociales a un desarrollo dependiente. Imprime un sello peculiar a sus sociedades alentando el crecimiento de las capas medias y el despliegue de un importante sector terciario, al tiempo que estimula una cierta expansión industrial, y con ella de los núcleos obreros. Constituidos en centros atractivos para la emi-

gración aluvional, por la incorporación de nuevas tierras y oportunidades de trabajo, también provocarán un desajuste entre la magnitud de la ciudad capital y otros centros urbanos del mismo país. 2) *La economía de plantación*. Su característica más saliente es el dominio de las zonas productivas por fir-

mas extranjeras, que utilizan mano de obra rural, al tiempo que impiden la intervención de los nativos en la comercialización. Brasil y América Central son las regiones más importantes; precisamente en el Caribe ejerce su monopolio la United Fruit Company, de origen norteamericano. Esta economía



Los bolsones de miseria en el altiplano siguen al margen de los beneficios que se obtienen de las riquezas extraídas de la región. (En la foto, mujer indígena del altiplano boliviano.)



La ciudad de San Pablo, en Brasil, expresión de potencia industrial e intenso crecimiento demográfico.

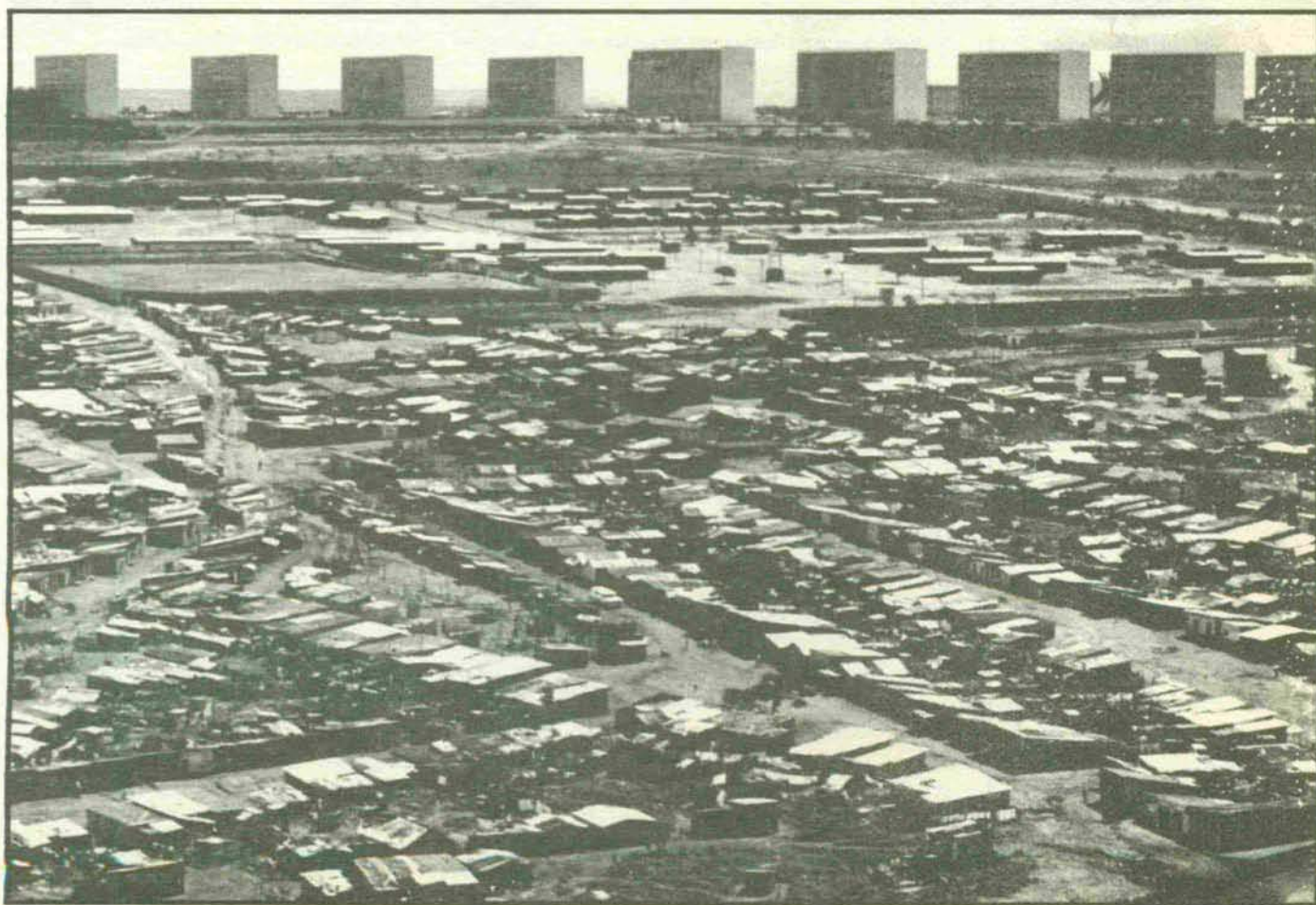
no produce niveles significativos de urbanización, si se exceptúa Panamá, y Cuba con una ciudad como La Habana, de gran desarrollo, pero que ha sido impulsada por la presencia española hasta fines del siglo XIX. 3) La *economía de enclave*. Ha sido originada por la extracción minera y generalmente está concentrada en reducidos espacios de territorio, explotada directamente por empresas extranjeras. Es el caso de Bolivia y Venezuela hasta la aparición del petróleo. En Chile, por el contrario, la extracción se hizo integrada en sectores de la economía en que participaba la burguesía nacional e impulsó el desarrollo urbano de ciudades como Santiago. Sociedades urbanas, sociedades agrarias: han producido formas de vida y solidaridades muchas veces enfrentadas en la historia de Iberoamérica; pero unas y otras se complementan en la diversidad.

La realidad agraria

Los grandes terratenientes siguen ejerciendo influencia decisiva en la vida económica y social de la mayoría de los países iberoamericanos. En Brasil, los estudios demostraron, en la década de los cincuenta, que poco más del 3 por ciento de los propietarios eran dueños del 62 por ciento de la tierra productiva. En México el panorama no era más alentador. Luego del proceso de la reforma agraria se llegó a la distribución del 1 por ciento de las tierras; hacia 1960 los dueños de superficies medias superiores a las 1.500 hectáreas representaban el 0,8 por ciento de los propietarios, y dominaban el 59 por ciento de la superficie útil. Ejidatarios y minifundistas —un 84 por ciento de los propietarios— poseían en total el 27 por ciento de la

tierra. Bolivia, en 1963, mostraba un 0,43 por ciento de las unidades agrícolas con superficies de 1.700 hectáreas, y en posesión del 73 por ciento de la tierra laborable. En Chile, tres quintas partes del espacio cultivable era detentado por 800 familias; en Ecuador, algo más de 1.000 propietarios dominan el 40 por ciento de las tierras fértiles; en Guatemala, el año 1964 las fincas entre 45 y 900 hectáreas —el 2,1 por ciento del total— poseían el 62 por ciento de la tierra. Las situaciones han evolucionado hacia una mayor concentración y en muchos casos no existen censos actualizados, o nunca se han dado a conocer en publicaciones.

El cuadro se complica, por supuesto, por la pluralidad de formas que ostenta la estructura latifundista en Iberoamérica. En muchos países se encuentran superpuestas formas de explotación agraria o



La «favela» exhibiendo el hacinamiento y la miseria en barridas marginales que circundan la gran ciudad. Al fondo: edificios de Brasilia.



La administración Nixon coincide con una época de grandes crisis políticas e institucionales en Iberoamérica.

coexisten en diversas regiones, como en Brasil, donde se reúnen el sistema nordestiño de plantación, la «fazenda» cafetalera paulista y la tradicional «estancia» *gaúcha*, ganadera o cerealera, en Río Grande do Sul. Se detectan, a la vez, nuevos sistemas de incorporación de tierras, empleando a las masas de campesinos empujados por el hambre desde el nordeste, y que han sido atraídos hacia el área amazónica en un esfuerzo colonizador, pero con imprecisos derechos sobre la tierra que cultivan. La clave de este avance está en el creciente interés de las multinacionales del «agribusiness» y en los ensayos de algunos organismos estatales para encontrar solución a la explosiva situación en algunas áreas rurales. Esta diversidad alude a procesos históricos concretos, de impulsos colonizadores para incorporar grandes extensiones semidesérticas, pero de impor-

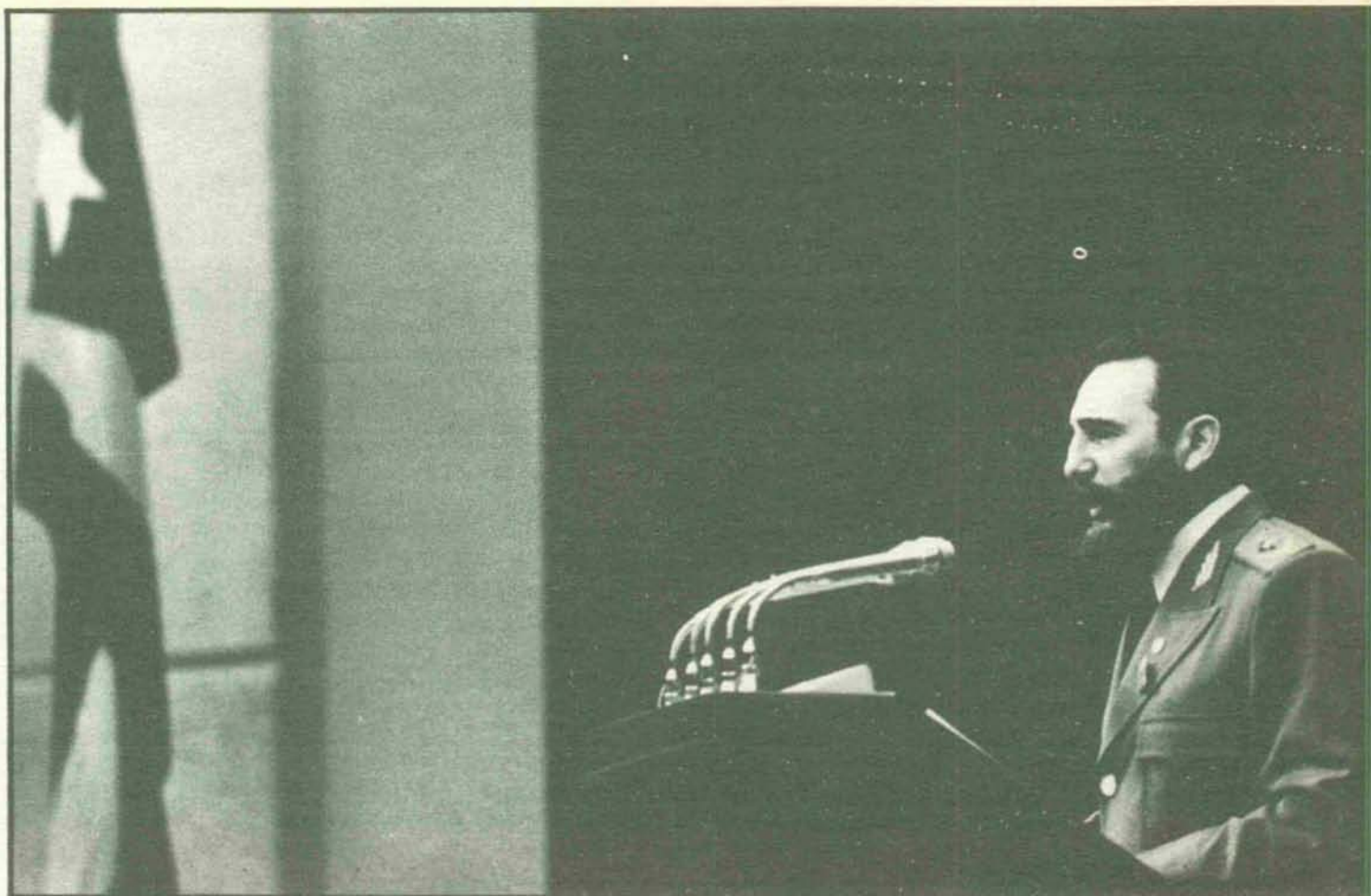
tancia vital como reserva de materias primas. Entre ellas pueden anotarse la región pampeana argentina, la costa peruana, el cinturón subtropical ecuatoriano y las faldas andinas de Colombia, que han desarrollado economías exportadoras de carne, lanas, cereales, café, azúcar y plátanos.

Pero este bosquejo resultaría demasiado incompleto si olvidáramos que junto al latifundio perviven formas satélites, como el minifundio, la comunidad indígena, los pueblos marginales y toda una población fronteriza que acota, por así decirlo, las enormes extensiones de tierras. Un autor norteamericano, Otto Fein-stein, escribía sobre el problema rural en Iberoamérica: «... la distribución de la tierra está hecha de tal manera que una porción infinitesimal de los clasificados como propietarios legales posee una vasta mayoría de la misma. Menos del 5 por

ciento de los terratenientes posee usualmente más del 50 por ciento de la tierra. Esto no sólo significa concentración de la tierra en grandes propiedades, muchas veces incapaces de financiar su modernización, sino también que casi todos los otros propietarios poseen parcelas demasiado pequeñas para una producción racional.»

La industria y la tentación desarrollista

Luego de la crisis de 1929, el modelo exportador encontró su límite en Iberoamérica. Los efectos que produjo fueron, en cierto modo, inesperados, puesto que si hasta el momento el sector industrial se había mostrado «inducido» por la economía exportadora, hacia algunos artículos que no interesaba introducir desde el ex-



La figura de Fidel Castro adquiere su mayor relieve al hacer frente a un estrecho cerco internacional impuesto a Cuba por los Estados Unidos.

terior, ahora se verá impulsado por fuertes necesidades internas. Al cierre de los mercados vendedores, los gobiernos responderán con medidas restrictivas de las importaciones, y con la represión a las demandas sociales motivadas por la crisis económica. Surgirá así el modelo de «sustitución de importaciones» que, durante la segunda guerra mundial, encontrará nuevos alicientes por la incapacidad que tenían los países europeos para abastecer a Iberoamérica. Pero el proceso se vio restringido a un grupo de países, como México, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, que ya habían conocido una etapa previa de industrialización.

La población en aumento acreció la demanda interna de bienes de consumo; ello exigió *la importación de maquinaria* para producir esos artículos y, en muchos casos, los materiales para su elaboración. De tal

modo, las cifras importadoras siguieron ascendiendo en las balanzas de pago en países que, generalmente, no habían adoptado medidas para impedir que gran parte de esa estructura industrial se instalara con capital extranjero. Al llegar la finalización de la guerra, en algunos países el estado se vio obligado a asumir el papel de inversor y redistribuidor de ingresos para proteger las todavía débiles industrias locales, con lo cual toda la estructura empresarial quedaba apoyada en el sector público. En otros, las reservas acumuladas durante el período bélico permitieron la importación de bienes de capital para ampliar y modernizar el sector industrial.

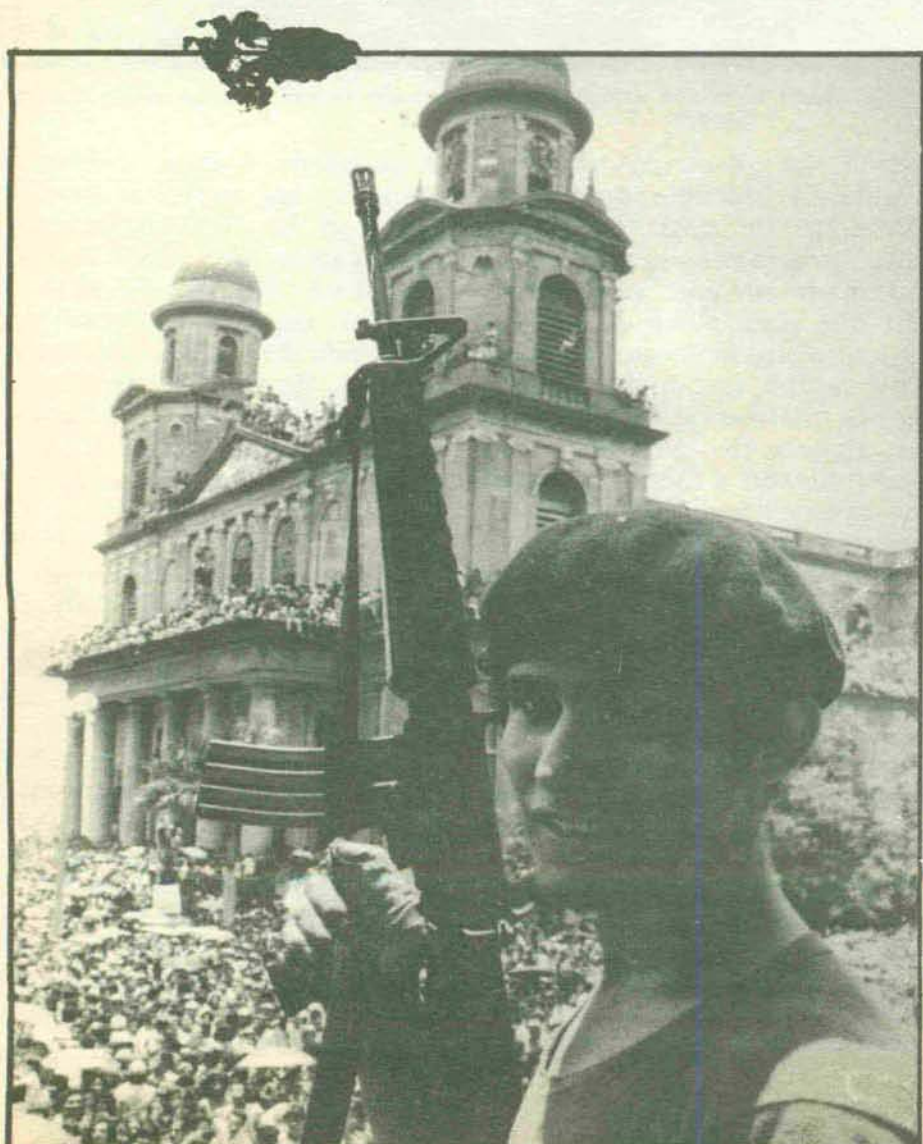
Pero ya las filiales de las empresas norteamericanas, radicadas en los países iberoamericanos durante el período de sustitución de importaciones, dominaban la mayor parte de

la industria liviana. De esta manera, las multinacionales capturaron las actividades más significativas del sector industrial. Es lo que sucedió en Argentina, Brasil y Uruguay, en la década de los cincuenta. En México, pese al fuerte apoyo estatal, se produjo una apreciable desnacionalización en la manufactura y el comercio, sobre todo en la industria del acero, los automóviles, productos químicos y también en la rama de seguros y finanzas.

Las ideas desarrollistas que estimularon los proyectos industriales en las décadas siguientes, estuvieron inspiradas en la tesis de una autonomía colectiva para los países iberoamericanos elaborada en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), desde 1958. Según los estudios de este organismo, se preveía una situación más crítica que en los años treinta para los países del



Pinochet, representante de un estilo de dictadura militar en los países del Cono Sur.



área. La CEPAL proponía la integración continental, ponía énfasis en la capacidad «liberadora» de las burguesías nacionales, planteaba la formación de un mercado común en Iberoamérica —cuyo modelo era la CEE— y la formación de un banco regional para el desarrollo. A partir de entonces nacerá el Mercado Común Centroamericano (1960), el Grupo de Países Andinos (1967), la Comunidad del Caribe (1973), el Pacto Amazónico (1978), surge también la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio en 1960, que aspira a cubrir las funciones de mercado común para toda Iberoamérica. Los Estados Unidos contemplaron con reservas los trabajos de CEPAL, por cuanto estimaban que debilitarían su hegemonía en el área iberoamericana; la réplica, durante la administración Kennedy, fue

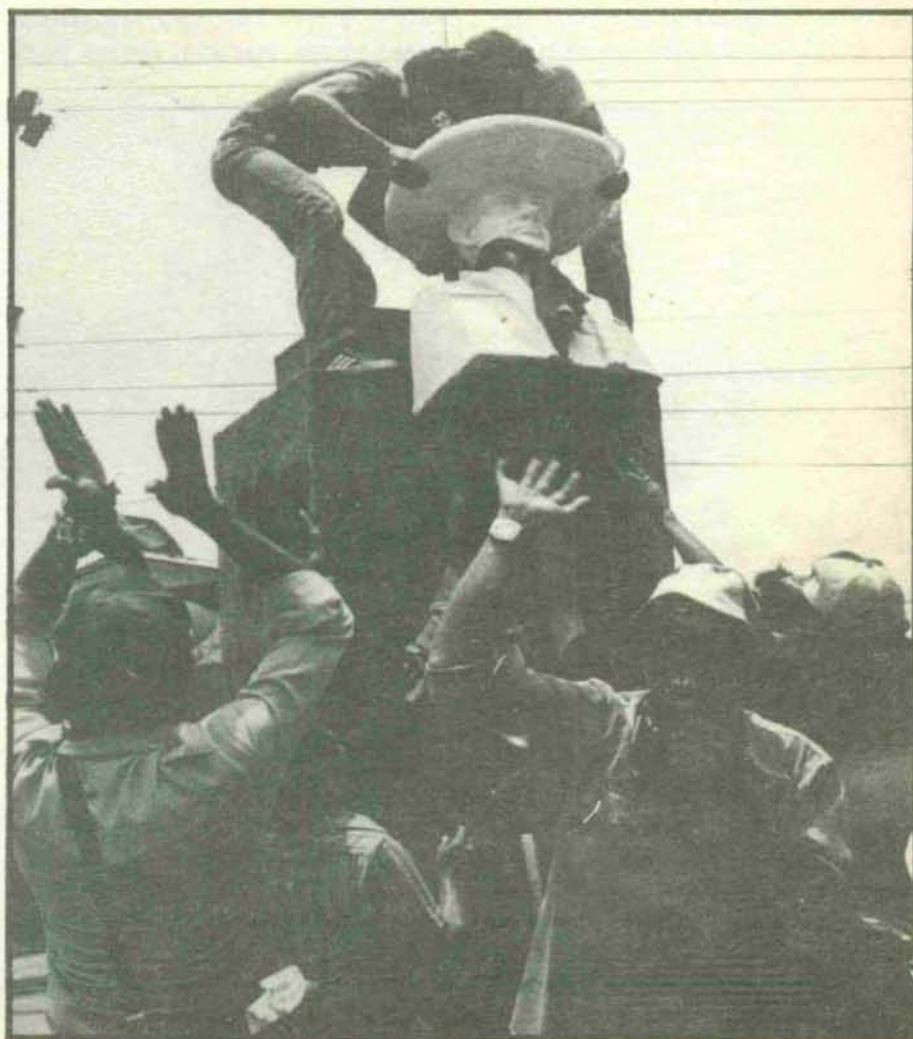
La celebración de la victoria. En la foto: uno de los jóvenes sandinistas, y al fondo, el pueblo encaramado en la catedral de Managua.



La revolución nicaragüense triunfante simboliza, en la destrucción de la estatua del padre del dictador Anastasio Somoza, la liquidación de una época de opresión.

la propuesta de la «Alianza para el Progreso» desarrollada en la Conferencia de Punta del Este en 1962, junto con la petición de bloqueo a Cuba.

Pero la aplicación de las ideas desarrollistas de CEPAL es un contexto histórico que no había transformado sus estructuras condujo, en definitiva; a una ampliación del mercado para las multinacionales. Ya insertadas en la economía iberoamericana, lo estuvieron aún más cuando la mayor parte de los países, a falta de ahorro interno, acudieron a la vía alternativa de la financiación externa para sus proyectos de desarrollo. En 1965, las remesas de capital hacia el extranjero por concepto de inversiones, ascendía al 33 por ciento del valor de las exportaciones iberoamericanas. El efecto descapitalizador fue tremendo, por el drenaje de intereses y la parálisis en el proceso de acumulación de capital. En Brasil, luego de la caída de Goulart, quince fábricas de automóviles fueron absorbidas por la Ford, Volkswagen, Chrysler o Alfa Romeo; las empresas más importantes del sector electróni-



Otro acto del pueblo nicaragüense luego del triunfo revolucionario: la colocación, en la capital del país, de una estatua de Sandino.

co pasaron a poder de los japoneses; la metalurgia y los laboratorios también sufrieron procesos de transferencia. En Argentina, el capital extranjero adquirió 50 grandes empresas entre 1963 y 1968. En el terreno bancario la situación es aún más grave. En 1950, los bancos norteamericanos poseían 49 filiales en Iberoamérica; en 1964 eran 78; en 1967 llegaban a 134. El Chase Manhattan Bank, del grupo Rockefeller, compró el Banco Lar Brasileiro con 34 sucursales; en Perú adquirió el Banco Continental con 42; en Colombia y Panamá el Banco de Comercio con 120.

Las inversiones directas norteamericanas, que en 1939 eran poco más de 3.000 millones de dólares para toda Iberoamérica, en 1960 sobrepasaban los 8.000 millones, y en 1976 superaban los 23.000 millones. Pero lo importante es saber hacia dónde se dirigieron esas in-

versiones, y cuál es su peso específico en la situación actual, que algunos teóricos han denominado «integración dependiente», luego del fracaso de los proyectos de CEPAL. Un artículo de James F. Petras, de la Universidad de Nueva York, nos informa: «En 1976, las filiales de las firmas norteamericanas en América Latina realizaron ventas por 60.000 millones de dólares. De este total, las ventas dentro de América Latina representaba 42.100 millones (es decir, 70 por ciento del total), mientras las exportaciones hacia Estados Unidos sólo alcanzaban 6.400 millones, y las exportaciones hacia otros países, 12.100 millones de dólares. Si se considerase únicamente la industria de transformación, las filiales norteamericanas efectúan en América Latina el 94 por ciento de sus ventas totales. Pero hay que clasificar estas cifras por categorías para

dar un cuadro más exacto del sistema instaurado. En 1976, según los sectores, las ventas de las filiales norteamericanas se repartían así:

— Productos manufacturados: 93 por ciento vendido en América Latina, 7 por ciento exportado.

— Productos mineros: 43 por ciento vendido en América Latina, 57 por ciento exportado.

— Petróleo: 43 por ciento vendido en América Latina, 55 por ciento exportado.

Estas cifras demuestran claramente que, para las firmas multinacionales, América Latina en vías de industrialización sigue siendo, ante todo, un continente exportador de materiales brutos.» La cita es extensa, pero demuestra palmariamente la crisis de los proyectos de desarrollo independiente en Iberoamérica.



La religión católica tiene enorme importancia en el continente iberoamericano. En la foto: el Papa Juan Pablo II dirige una exhortación desde el Cristo del Corcovado, en Río de Janeiro.

La explosión demográfica

El problema demográfico, grave para los países del Caribe, lo es también para los de América del Sur. El crecimiento de la población muestra un continuo progreso: en 1920 era de unos 94 millones; en 1937, de 135 millones; en 1960, trepa a 202; en 1970, según datos de CEPAL, llegaba a 273 millones; en 1975 sobrepasó la barrera de 300 millones; en 1978 las estimaciones de Naciones Unidas eran 369 millones para 1980 y 609 para el año 2000. Una virtual duplicación en los próximos veinte años. Por otra parte, se ha considerado que, de acuerdo a las estructuras vigentes, más de la mitad de esos 609 millones de seres estarán concentrados en áreas urbanas —algo así como el 1 por ciento del territorio iberoamericano—, excepto que se inten-

te una drástica reorientación en el poblamiento de la frontera interna. Ello implicaría, desde luego, una modificación de las situaciones estructurales existentes en las zonas rurales.

El ritmo de más intenso crecimiento demográfico está vinculado con las áreas de mayor desarrollo económico y social, afectadas por un desempleo o subempleo crónicos ocasionado por los agudos equilibrios en las demandas estacionales de trabajo. Estas situaciones se ven agravadas en algunas regiones y producen un éxodo desde las zonas rurales que, en los últimos años ha tomado alguna de las siguientes direcciones: la urbana; la emigración interna hacia otras zonas rurales del mismo país, como señaláramos en el caso de los nordestiños en Brasil; o hacia los países vecinos, cuyos ejemplos más conocidos son el paso clandestino de colombianos a través de la frontera venezola-

na, y el de mexicanos hacia Estados Unidos.

Pese a la elevada mortalidad de muchas de las zonas rurales más subdesarrolladas, sobre todo el índice de muerte infantil en Centroamérica, es indudable que el progreso científico y tecnológico ha contribuido a disminuir las causas de fallecimiento y al aumento de la esperanza de vida en el continente y el Caribe. Si se esboza un mapa demográfico, nos encontraríamos con cuatro grandes zonas: la América Central Continental, el Caribe, la América del Sur tropical y la América del Sur templada; cada una de ellas con su ritmo de crecimiento. En la primera mitad del siglo actual, la progresión demográfica estuvo pautada por el aflujo de población europea en la denominada «América blanca»; pero cuando ésta disminuye, se percibe un vigoroso ascenso en las cifras de la masa indígena y de la

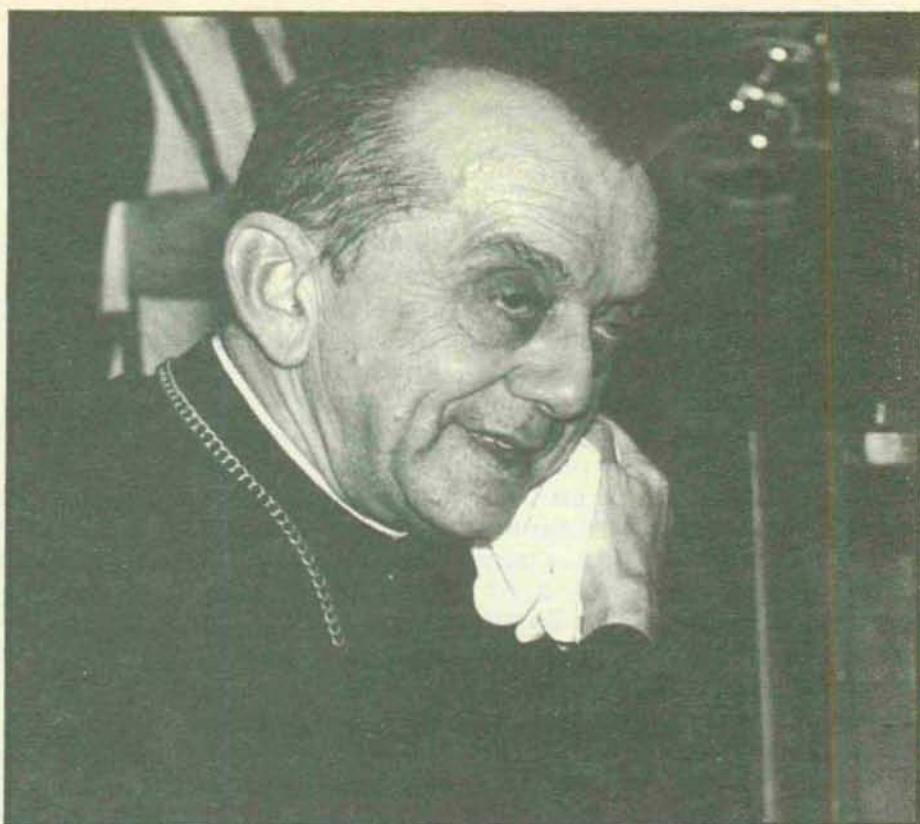


La influencia de las religiones africanas se ha mantenido, y se manifiesta en muchos países. En la foto: una festividad en Maranhão, Brasil.

población negra. El incremento más impresionante de la población se encuentra ahora en la América Central y en la América del Sur tropical, con lo cual este aumento se convierte en un hecho social potencialmente explosivo por tratarse de las zonas más pobres y explotadas. La salud y la educación son allí problemas urgentes, estrechamente ligados a un bajísimo nivel de vida. Las cifras de analfabetismo de la zona rural en 1970 eran: en Colombia del 34 por ciento, en República Dominicana del 42 por ciento, y en Panamá del 35 por ciento. En su emigración hacia las ciudades esta población indigente amplía los cinturones urbanos de barriadas miserables, situación visible en todos los países de Iberoamérica.

Crisis social, crisis del Estado

Tal vez el crecimiento más espectacular de las masas, en el ámbito de las decisiones políticas y sociales, está protagonizado por los sectores urbanos en la primera mitad del siglo actual. Esta observación es válida, por lo menos, para los países más evolucionados de Iberoamérica, donde las clases medias habían compartido, con la clase obrera, las expectativas políticas suscitadas por Alessandri en Chile, Irigoyen en Argentina y Batlle y Ordóñez en Uruguay. E incluso se disponen a sortear la difícil inflexión de los años treinta, apoyando a caudillos populistas como Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Gaitán en Colombia, o Paz Estensoro en Bolivia. Pero ahora los sectores urbanos se verán obligados a contar con una intervención más decidida de la masa obrera, y la incorporación, a las filas de estos movimientos, de grupos sociales hasta entonces marginados.



Heider Cámara, nacido en Fortaleza, nordeste de Brasil, vicepresidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, obispo de Recife, impulsa en 1967 el Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo. Denuncia los problemas de las áreas subdesarrolladas.

Cuando la realidad se obstinó en demostrar el fracaso de los modelos de desarrollo que aspiraban a una transformación económica y social del mundo iberoamericano, profundas divisiones se abrieron también en los sectores urbanos. La implantación de las multinacionales abrió posibilidades a un sector reducido de las capas medias, como vía de ascenso social, sobre todo para los profesionales. Pero al mismo tiempo se produjo una desestructuración de muchos sectores económicos, que lanzó núcleos obreros e integrantes del sector terciario a la desocupación, creando inéditas contradicciones sociales en distintos países. La penetración de las empresas multinacionales en la explotación agropecuaria contribuyó, asimismo, a acentuar la descomposición de las estructuras tradicionales, sobre todo en las últimas décadas. La respuesta de las clases dominantes a los esfuerzos políticos para transformar las estructuras se fue escalonando,

cada vez con mayor violencia, durante los años sesenta y setenta. En algunos casos, surgieron en Iberoamérica, entre 1955 y 1973, fuertes alianzas entre clases medias, obreros e intelectuales, durante la presidencia y el ensayo de nuevas experiencias sociales conducidas por Juscelino Kubitschek en Brasil (1956); el ensayo peruano en 1968; las alianzas del Frente Amplio en Uruguay (1971) y la Unidad Popular en Chile (1972). Resulta claro que una nueva conciencia social había cobrado experiencia y asumido un papel continental. También los Estados Unidos habían advertido esto. No debe olvidarse que la tesis actual de Ronald Reagan fue formulada ya por el Secretario de Estado Adjunto de la Casa Blanca en 1964: Estados Unidos prefería, antes que gobiernos democráticos, aliados seguros. La historia no se repite, pero mantiene obstinadas referencias.

Una gran mayoría de la población en América Central vi-



El Papa Juan Pablo II durante su visita a México es recibido por la multitud en Guadalajara. La Conferencia de Puebla (1979) mostrará, en sus conclusiones, la lucha interna entre los conservadores y los partidarios de la «teología de la liberación».

ve en condiciones infrahumanas, que hemos esbozado antes, y no resulta extraño que las estructuras políticas de la región, en crisis permanente, provoquen estallidos de violencia. Estos, hasta ahora, han producido la caída de la dictadura de Somoza, en Nicaragua, en tanto que Salvador y Guatemala soporta un verdadero genocidio. Es absolutamente claro que el hambre, el desempleo —que en la zona alcanza el 35 por ciento de la población activa—, y la represión política y cultural, agravarán las tensiones sociales a extremos desconocidos si no se producen cambios sustanciales. La iglesia lo ha comprendido así en Iberoamérica y mantiene esa visión pese a los vaivenes sufridos por la «teología de la liberación» desde Camilo Torres hasta Puebla. El camino había sido trazado ya por Paulo VI en su encíclica *Populorum Progressio*: «Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren miseria, cuando tan-

tos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, tantos hospitales, viviendas dignas de ese nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos, se convierte en un escándalo intolerable. Nos vemos obligados a denunciarlo. Quieran los responsables oírnos antes de que sea tarde.» La Conferencia Episcopal de Puebla, en 1979, cerraba sus sesiones con una declaración de condena a la carrera de armamentos y reclamando: «que se realicen cambios profundos que hagan desaparecer las opresiones y desigualdades sociales, abominación y mal endémico del continente suramericano».

Ya entonces los estados iberoamericanos habían entrado en crisis. Una larga serie de intervenciones militares norteamericanas, o golpes de estado en países caracterizados hasta entonces por su estabilidad democrática, se estaba materiali-

zando desde la década anterior. A ella pertenecen la intervención norteamericana de 1964 en la zona del Canal de Panamá, la de Santo Domingo de 1965, el golpe consumado por los militares brasileños en 1964, que instauró una fórmula autoritaria, asumida en Bolivia en 1971, y a partir de 1973 en los países del Cono Sur.

Estados Unidos e Iberoamérica

Cuando la Conferencia de San Francisco trazó, en 1945, los esquemas de seguridad regional dentro de las nuevas pautas para una política mundial, Iberoamérica quedó enmarcada en la *política de contención*, formulada por la potencia del norte como barrera contra el avance del comunismo. La creación de la Organización de Estados Americanos, en 1948, reeditó viejas aspiraciones de un destino co-

mún americano en el cual, hasta el momento, Centro América y América del Sur poco han podido obtener, por su escaso poder decisorio. En cierta forma, la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, en 1960, forjó un nuevo lazo de dependencia para los estados al sur del Río Bravo. En esta etapa se contabiliza el frustrado intento de invasión en Playa Girón, y la creación de una Alianza para el Progreso que fracasa rápidamente, ya que la parte más importante de la ayuda se vuelca en la carrera de armamentos en aras de una ya naciente «doctrina de la seguridad nacional». Por otra parte, Kennedy acogía, en el Partido Demócrata, a los multinacionalistas que habían perdido el predominio en el Partido Republicano, y esto incidía en la política hacia Iberoamérica.

Todos estos hechos aceleraron el despliegue de una conciencia crítica en las naciones del continente y ésta se expresó en la reunión de los 77 países del Tercer Mundo, que tuvo lugar en Chile, en 1969. Entre tanto, Nelson Rockefeller realizaba una desafortunada gira por los estados de Iberoamérica. Resulta claro que la actitud política de los Estados Unidos, que en sus líneas generales se mantuvo invariable desde la segunda guerra mundial, estimulaba sentimientos antagónicos en Iberoamérica. Por lo demás, el apoyo demostrado a las soluciones de fuerza adoptadas por las minorías dominantes cuando perdieron el control político y recurrieron a los ejércitos, hicieron aún más impopular la presencia norteamericana. La generalizada asunción del poder político por los estamentos castrenses en-

contró el sustrato ideológico en la teoría de la «contra-insurgencia» y plasmó, a largo plazo, en una prolongada dilatoria del retorno a cauces normales para las democracias iberoamericanas. Así fue que la década de los setenta abrió una nueva, y aún no clausurada, etapa en las relaciones entre Estados Unidos e Iberoamérica.

El período Carter alentó las expectativas de unos sectores políticos y sociales que hasta entonces habían experimentado las fuertes presiones de la administración Nixon. Pero con el curso del tiempo no se produjeron modificaciones de fondo, pese a las esperanzas promovidas por un gobierno demócrata en la Casa Blanca. Ciertamente se advirtió una insistencia en el tema de los derechos humanos, y se lanzaron advertencias a los países



La Organización de Estados Americanos (OEA), donde en los últimos años han entrado en conflicto las tendencias continentales.

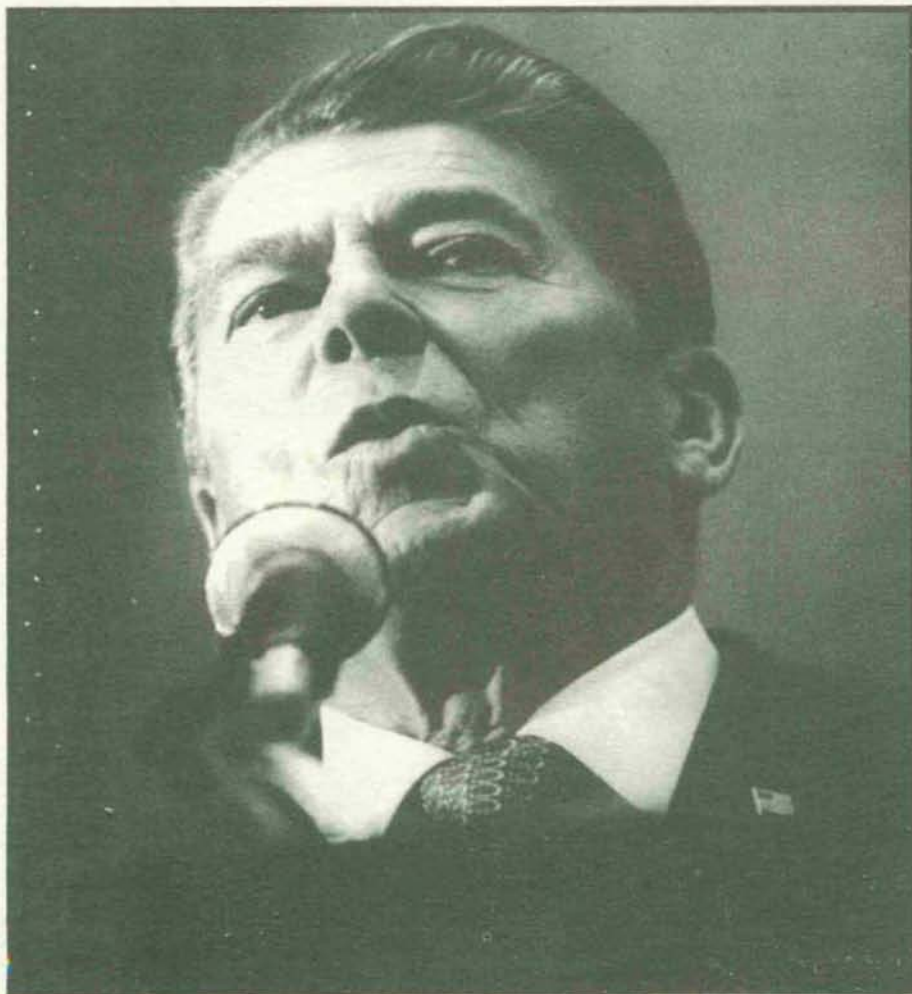
donde los regímenes militares habían adoptado las actitudes más duras, e incluso se negoció el acuerdo sobre el Canal de Panamá. Pero, en definitiva, se observó un deslizamiento desde la estrategia Nixon-Kissinger elaborada después de la retirada de Vietnam —que consistía en dejar a cargo de potencias regionales la seguridad en áreas conflictivas del Tercer Mundo— hacia la intervención directa en ocasión del fracasado rescate en Irán. Si bien puede pensarse que esta actitud abrigaba inmediatos propósitos electorales, lo cierto es que ha constituido un prólogo a la política enunciada por Ronald Reagan. Un dato puede ser explicativo de las «fuerzas profundas» que impulsaron la titubeante acción de Carter en Iberoamérica: los gastos en armamentos se duplicaron entre 1970 y 1980.

La carrera armamentista, reactivada con fuerza por la administración Reagan, acciona en la producción norteamericana como dinamizador de otras industrias consideradas «punta» en la economía. Lo cierto es que se ha elaborado un modelo de política internacional apoyado en manifestaciones de fuerza, el mismo que en el pasado llevó a los Estados Unidos a sumergirse en un prolongado conflicto en el Sudeste Asiático. Es evidente que los esfuerzos, en el Caribe, se dirigirán ahora a evitar una «nueva Nicaragua», apoyando la acción de las dictaduras del Salvador y Guatemala. Una asignación de varios millones de dólares en armas y materiales, así como el envío de asesores militares, pretende convertir esa política en realidad. Sin duda, las declaraciones de una Internacional So-

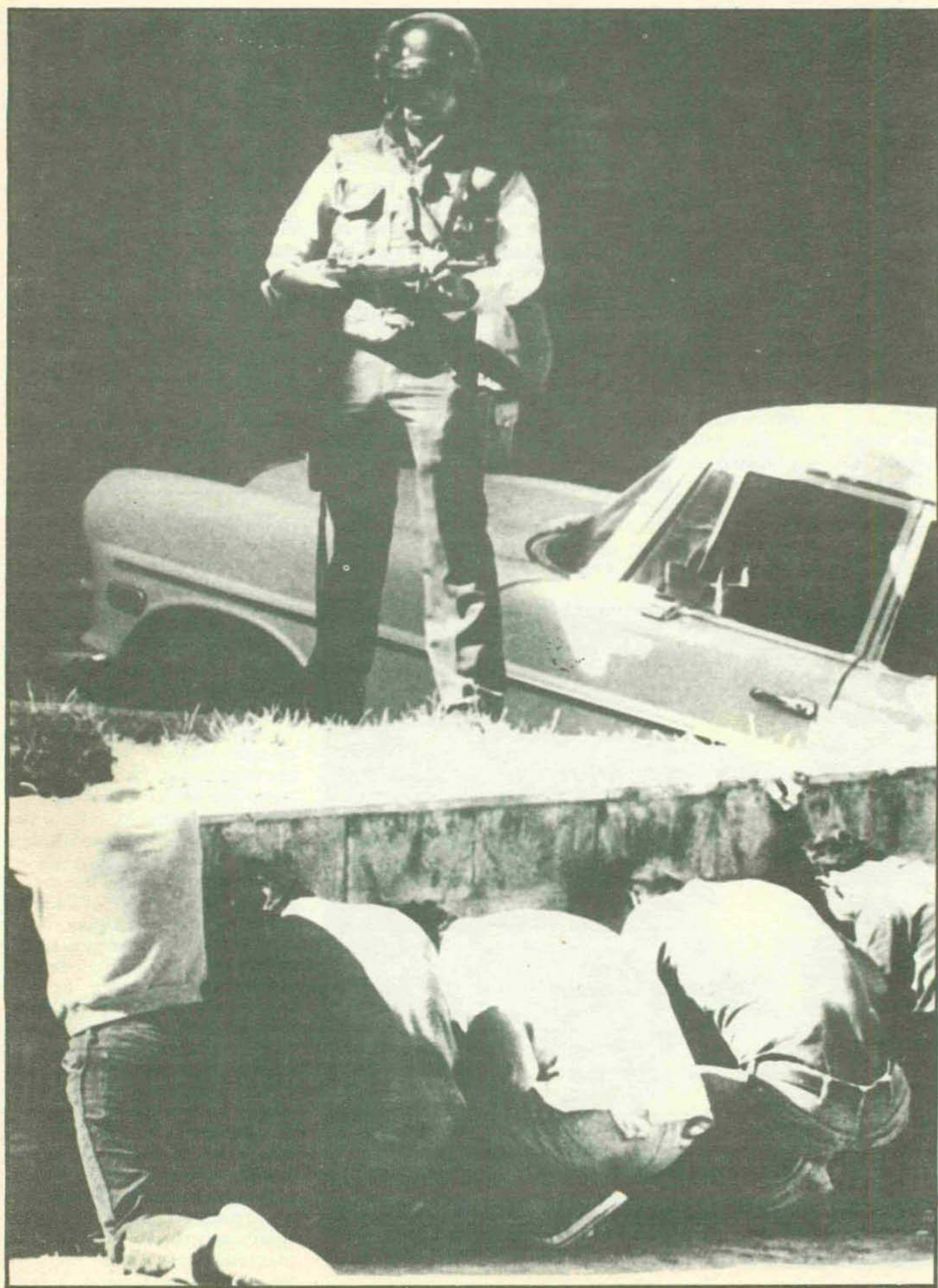
cialista liderada por Willy Brand a favor de una solución negociada en la zona, así como la posición de México, que coincide en términos generales con lo anterior, pueden contribuir a mitigar las tensiones. Hay que tener en cuenta, no obstante, que en el futuro la explosividad de la situación social en el Caribe, la frustración de muchos países iberoamericanos, el agotamiento de los cauces para una posible salida económica, pueden forzar situaciones históricas y, tal vez, trazar vías inéditas de solución para los pueblos.

Alternativas iberoamericanas

Desde un punto de vista general, la sociedad iberoamericana parece preparada para superar antiguos modelos y ensayar nuevas y decisivas fórmulas. Esta afirmación puede parecer poco meditada, pero surge precisamente luego de haber escrito las páginas que le preceden. Entre la utopía y el fatalismo, hemos escogido un camino distinto: el análisis de las tendencias, de las perspectivas que ofrece el camino histórico ya recorrido, puesto que sólo así podremos arrojar alguna luz sobre el futuro. Sobre todo cuando, como hemos señalado antes, en el mundo iberoamericano se ha generalizado una nueva conciencia social, entendida ésta por la convicción de que son necesarias transformaciones profundas. La existencia de una crisis inusualmente prolongada que ha penetrado la economía, la política y la sociedad, obligó a observar lo que estaba ocurriendo más allá de las propias fronteras. Y esto indujo al descubrimiento de que ciertas estructuras y formas de vida subdesarrollada, con diferencias significativas según los países, mantenían caracteres constantes a través del tiempo. Y también que en todos lados exis-



La administración Reagan, un cambio negativo en la política de los Estados Unidos hacia Iberoamérica.



La tensión política en el área centroamericana tiene su máxima expresión actual en la represión desencadenada en El Salvador.



La violencia en El Salvador se cobró decenas de víctimas durante los funerales del arzobispo Oscar Arnulfo Romero.

tían fuerzas luchando enconadamente para mantener estas situaciones.

La idea de unidad continental en una pluralidad de circunstancias históricas concretas, es ahora muy fuerte en Iberoamérica, y con ella la certidumbre de que los hechos que afectan a algunos de sus países producirán, a largo plazo, alteraciones en el conjunto. Es indudable que la lucha por superar el subdesarrollo es prioridad vital y es cierto, asimismo, que los caminos del desarrollo no pueden ser recorridos de igual manera por todos los países iberoamericanos. Pero en los últimos años, la política de confrontación entre los bloques de potencias permitió, aunque de forma todavía inestable, ensayar otras vías, ad-

quirir mayor capacidad de maniobra para defender fundamentales sectores productivos. Algunos países aparecen ahora estructurados en unificación de intereses con naciones de otros continentes en el Tercer Mundo.

Hemos visto, por ejemplo, la creación de la OPEP, con la presencia de Venezuela entre sus fundadores, y más tarde la incorporación de Ecuador a la organización de países petroleros. La alianza de productores de cacao, inicialmente organización interafricana, también la integra Brasil y otros países iberoamericanos; Guyana, Jamaica y Surinam, son miembros claves de la nueva Asociación Internacional de Productores de Bauxita. A nivel regional, siete países de América

Central y del Sur se unieron para hacer subir los precios del plátano en el mercado norteamericano; en 1978, y para enfrentar la caída del precio del café, ocho estados productores: Brasil, Colombia, México, Honduras, Guatemala, Venezuela, El Salvador y Costa Rica, organizaron el Grupo de Bogotá.

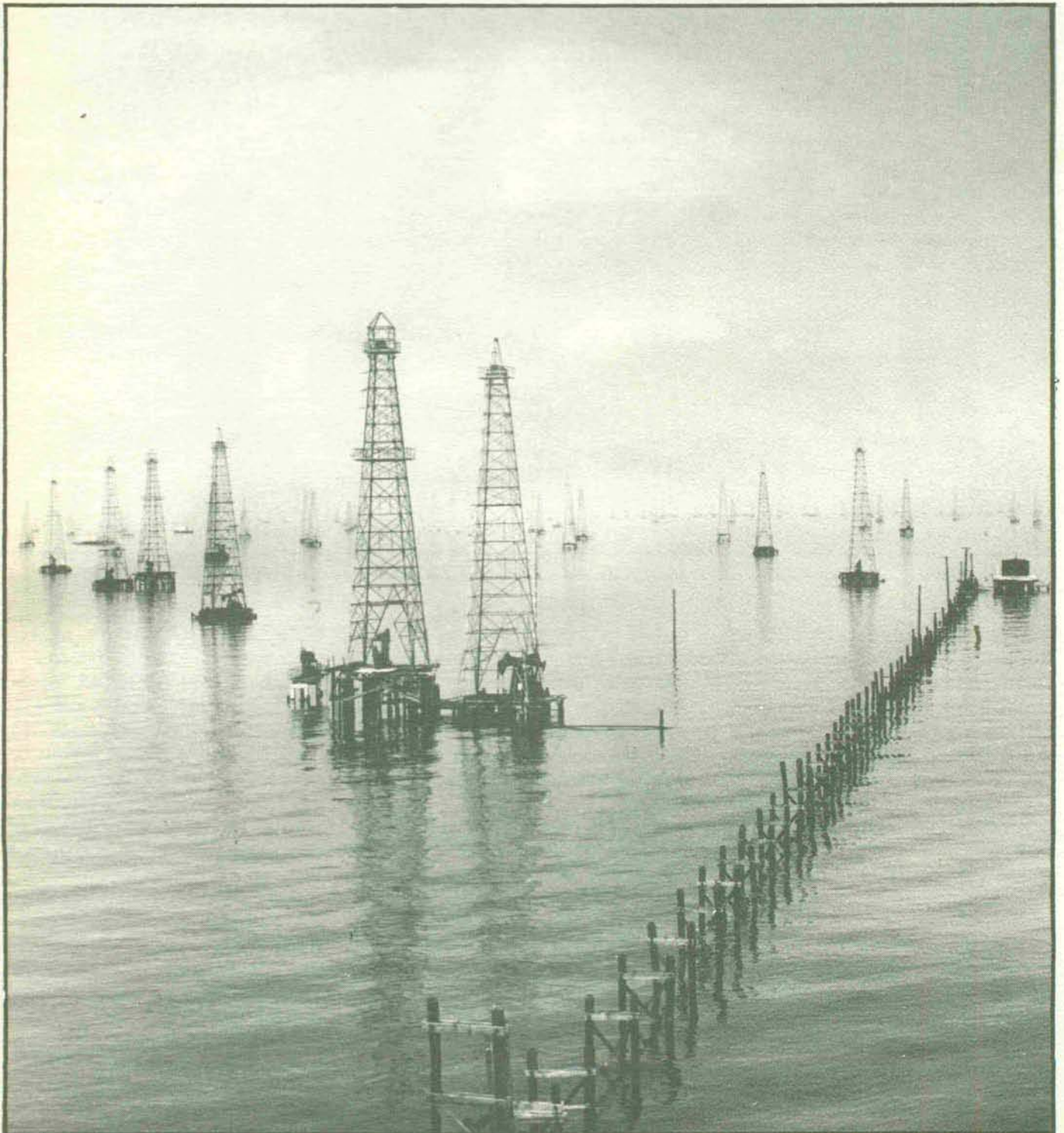
Los países del Tercer Mundo poseen la opción de control, como exportadores, de los productos primarios, muchos de ellos de carácter estratégico. Es claro, luego de la reunión de Cancún, que el diálogo Norte-Sur (otro eufemismo para ocultar la realidad países ricos-países pobres) no permite esperar alternativas válidas para Iberoamérica. Por otra parte, existe prolongada

experiencia sobre los efectos adversos de la financiación externa, casi siempre condicionada. De tal modo, parece atendible la idea, ya ensayada parcialmente, que apunta a una mayor relación de intercambio y apoyo entre los países del denominado Sur. En ese sentido, Brasil ha lanzado ya la ofensi-

va, concertando acuerdos comerciales y de asistencia técnica con naciones de África, Asia y Medio Oriente. Es, entonces, plausible invertir los términos e iniciar, entre los estados iberoamericanos y el resto del Tercer Mundo, un diálogo «sur-sur», que, sin duda, establecería bases sólidas para

una ruptura de la dependencia externa.

Porque la dependencia política, que en muchas áreas, como Centroamérica, produce períodos de terrible violencia cuando las poblaciones se encuentran acuciadas por el hambre y la represión, está estrechamente ligada a la depen-



Las posibilidades que posee Venezuela en la producción de petróleo permiten esperar el desarrollo del país. En la foto: zona petrolífera en el lago Maracaibo.

dencia económica y tecnológica. Y ello se hará aún más grave en el mundo que se está configurando para los próximos años, en el cual es previsible una relación de continua tensión entre las potencias rivales; en un mundo, además, que está desarrollando su tercera revolución industrial apoyada en la cibernética y la energía nuclear.

Es entonces, razonable, una política iberoamericana de aproximación, utilizando algunos organismos regionales, a los países no alineados y apoyada en una solidaridad que proviene de problemas e intereses comunes. Pero también hemos de recordar que existen, entre los países del continente, algunas cuestiones territoriales en litigio, y éstas pueden encontrarse más tarde o más temprano si no se accede a un diálogo necesario. En rigor, toda alternativa de futuro

dependerá de la capacidad demostrada para salvar estos escollos colectivamente, mitigar la dependencia externa, transformar viejas estructuras en beneficio de proyectos auténticamente nacionales para acortar distancias, antes de que éstas se vuelvan mayores, con los países más desarrollados. Será necesario para esto resolver la complicada y tensa situación política interna, discurriendo hacia vías democráticas. Todo lo que se puede hacer, sin embargo, es identificar los problemas que debe abordar el futuro próximo. Como tarea humana que es, el curso de la historia resulta siempre sorprendente y escoge caminos imprevisibles. ■ N. M. D.

Bibliografía

CIDE, *Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana*, núm. 1, México, 1977.

Otto Feinstein, *A Changing Latin America And U.S. Foreign Policy*, Chicago, 1960.

Jorge E. Hardoy, *Las ciudades en América Latina*, Buenos Aires, 1972.

Mario Hernández Sánchez Barba, *Formas políticas en Iberoamérica (1945-1975)*, Madrid, 1975.

Guy Martinière, *Les Amériques Latines, une histoire économique*, Grenoble 1978.

José Matos Mar (comp.), *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia*, Buenos Aires, 1972.

James F. Petras, «Cómo América Latina alimenta la prosperidad de Estados Unidos y de los otros países industrializados», en: *Le Monde Diplomatique* en español, agosto, 1979.

Varios autores, *Brasil. A questão agrária*, São Paulo, 1980.



La explosión demográfica, las zonas de mayor intensidad de la miseria, constituyen problemas que exigen profundos cambios en el futuro de Iberoamérica.